



Basura cultural y contaminación interior

■ Luis Fernando Molina Prieto ■

Profesor e Investigador de la Universidad Antonio Nariño. Autor de nueve libros de medio ambiente y trece artículos sobre el mismo tema publicados en revistas indexadas. Ha participado como ponente en congresos y seminarios en Brasil, Ecuador, Bolivia y Colombia. Ha recibido varios galardones nacionales e internacionales por su trabajo, como el primer lugar en el Premio de Reportaje sobre Biodiversidad 2004, el cual recibió en el marco del II Congreso Internacional de la UICN, en Bangkok, Tailandia. Además de docente universitario e investigador, es Editor de la Revista NODO, publicación indexada por PUBLINDEX en Colombia y LATINDEX en México.

86

Cirafra

Luis Fernando Molina Prieto

Basura cultural y contaminación interior

Artículo de Reflexión

Resumen

El artículo analiza el concepto de *basura cultural*, revisando su evolución y uso por parte de especialistas. Asimismo plantea el concepto de *contaminación interior*, apoyándose para eso en las teorías propuestas por la biología evolutiva, especialmente por el etólogo Richard Dawkins (1976). Se plantea como hipótesis que la ruptura del tejido social, la inconformidad humana y la infelicidad típica del mundo actual, provienen de la mala gestión tanto de la basura cultural (en sus diversas formas y expresiones) como de la contaminación interior que ella genera en los individuos. El autor analiza la modelación que experimentan tanto niños como los adolescentes en sus procesos de adaptación a los entornos sociales y culturales, y muchos de los efectos indeseables (entropía) que dicho proceso genera. Se concluye que es necesario adquirir mayor conciencia en relación a la *basura cultural* y la *contaminación interior*, para gestionarlas de manera más idónea, reduciendo así los impactos negativos que ellas generan tanto en el individuo como en la sociedad.

Palabras clave

Memes tóxicos, entropía cultural, modelación social.

Trash culture and spiritual contamination

Reflection Article

Abstract

The article analyzes the term trash culture, its conception, evolution and application by several experts throughout history. Furthermore, it brings in the idea of spiritual contamination based on evolutionary biology theories, especially those proposed by the ethologist Richard Dawkins (1976). The hypothesis pins down that the rupture of social innings, human discontent and the distinctive unhappiness of modern times come from the improper management of both trash culture (as in its many forms and expressions) and the spiritual contamination derived from it. Accordingly, the author examines the modeling processes that children and teenagers go through while adapting to their cultural and social surroundings, as well as many of the unwanted effects created in that course of action (entropy). As a conclusion, the article stresses our need to be more aware towards trash culture and spiritual contamination, in order to rightly manage them and reduce their negative effect in individuals and the society at large.

Keywords

Toxic memes, cultural entropy, social modeling process.

Introducción



Los niños, especialmente los que aún no pueden comunicarse con palabras, pese a no lograrlo, son fuentes de paz, serenidad, armonía y calma para quienes los contemplan. Pero en niños de mayor edad, así como en adolescentes, jóvenes, adultos e incluso ancianos, esas características son difíciles de hallar; pues se encuentran eclipsadas u ocultas tras máscaras que irradian, en muchos casos, actitudes opuestas, como envidia, celos, rencor, resentimiento, egoísmo entre muchas otras. Si la serenidad y la paz interior son cualidades inmanentes e intrínsecas al ser humano, ¿en qué momento de la vida y por qué razones, esas cualidades se contaminan y degradan al punto de transformarse en sus opuestas? ¿De dónde provienen los elementos que contaminan y alteran de tal manera a los humanos?

Otra característica de los niños de brazos es que mientras tengan satisfechas sus necesidades básicas de alimentación, cobijo, descanso (sueño), y estén saludables, están muy a gusto en el mundo, aún estando solos. Es muy común ver a un bebé, en soledad, explorando su propio cuerpo o su entorno, con los ojos jubilosos y la sonrisa a flor de piel. Lo contrario les sucede a los humanos de mayor edad (y de todas las edades), que en muchos casos se muestran descontentos, estando solos e incluso acompañados, y en lugar de irradiar alegría o brindar a los demás su paz interior, dan muestras de incomodidad con el mundo, de intolerancia e inconformidad con lo que les rodea; al punto que, en muchas ocasiones, la agresividad hacia sus semejantes es pan de cada día, sea intencional, verbal o física. ¿En qué momento de la vida los humanos pierden su paz interior? ¿Qué tipo de barrera es la que se erige interiormente, entre lo innato e inmanente del ser humano (paz, serenidad, armonía), y las expresiones externas que denotan malestar, belicosidad o frustración? ¿Por qué los humanos desconocen u olvidan su esencia primigenia, y se refugian en actitudes y conductas que deterioran la coherencia social?

El artículo intenta dar respuesta a esas interrogantes a partir de una hipótesis: una de las causas primordiales de la alteración de la naturaleza humana es la **basura cultural**, que afecta a los seres humanos en su ecología interna, y genera en ellos altos niveles de **contaminación interior**. Contaminar, de acuerdo con el diccionario, es “Alterar nocivamente la pureza o las condiciones normales de una cosa o un medio”, y otra de sus acepciones es “Pervertir, corromper” (DRAE). La basura por su parte se asocia con la degradación, con los residuos, con los desechos y los desperdicios; y en sentido figurado la palabra se usa para hacer referencia a las cosas carentes de valor.

Basura cultural

La expresión **basura cultural** es empleada actualmente por muchos autores para designar los productos de la civilización que carecen de suficiente calidad en sus contenidos (o sus contenidos son ofensivos, como la pornografía, por ejemplo), y que por lo general, son simples medios carentes de significado en sí mismos. La expresión se ha usado por muchos años para calificar una serie de películas que se conocen como “enlatados”; pero en las últimas décadas se ha empezado a aplicar esta expresión a otros productos, que pertenecen a las esferas de la literatura, el arte, la televisión y la Internet, entre otras dimensiones culturales.

“La basura cultural que exportan masivamente los EE.UU. está desplazando a la buena producción nacional. Por ejemplo, en un viaje reciente al Brasil no pude conseguir ninguna obra de escritores brasileños de estatura mundial... (...) La Unión Europea hace lo que puede para disminuir la importación de basura cultural, pero apenas lo logra. Por ejemplo, en Italia la mayoría de los cinematógrafos no ofrece buenas películas italianas, sino que exhibe los peores filmes de Hollywood, de violencia y superstición” (Bunge, 2004: 33-34).

La expresión basura cultural no sólo es usada por autores de Occidente, sino que es empleada en Oriente, por autores como el húngaro que cito a continuación:

“Hoy en día, está casi tan de moda hacer comentarios irónicos acerca de la basura cultural de procedencia estadounidense como lo estaba reírse de las películas de guerra soviéticas hace quince años (...). O tomemos el ejemplo del ciberespacio, que ya sea en el este o en el oeste, es continuamente denunciado como trasmisor de basura cultural” (Kovács, 2002: 182-185).

El reconocimiento por parte de los especialistas de la basura cultural, ha llevado a muchos de ellos a replantear el objetivo de los medios de comunicación, creando una polémica al respecto, que es evidente, van ganado los que se inclinan por su uso indiscriminado:

*“En nuestras sociedades presentes se establece también una dialéctica entre los que propugnan el nuevo **panem et circenses** electrónico total (generalizar el consumo de aparatos y **gadgets** y alimentar al consumidor con basura cultural) y los que proponen un nuevo programa de alfabetización que incluya como materias básicas la lectura crítica de los nuevos productos culturales...” (Berger & Luckmann, 1991).*

Por su parte Manuel Fontán del Junco, doctor en filosofía y director del Instituto Cervantes de Bremen (Alemania), reflexiona acerca de cómo establecer, entre la gran superproducción de productos culturales de nuestro tiempo, qué tiene valor y qué carece del mismo:

“La inflación cultural a la que nos venimos refiriendo alude sobre todo a la abundancia de la oferta cultural contemporánea. Pero hay un sentido más amplio de la palabra “cultura”, el referido a eso que hace humanos a los hombres, y que incluye siempre una visión de la vida, un ethos y unos símbolos sagrados comunes a cada grupo humano. La reunión de esos tres elementos constituye un sistema (cultural) que da “valor” a unas cosas, a unos comportamientos y a unas creencias y expectativas determinadas —y no a otras—. Aquello a lo que se concede valor es considerado “sagrado”, un “fin en sí mismo”, algo “significativo”, y aquello que no lo tiene es considerado “profano”, un mero “medio”, algo carente de significado propio. Lo primero tiene el derecho adquirido a ser honrado, conservado y transmitido a la siguiente generación. Lo segundo carece de sentido: se puede tirar (a la basura)” (Fontán, 1999).

Fontán se cuestiona además en relación a los espacios físicos que se requieren para conservar los productos culturales, como bibliotecas, museos, videotecas, hemerotecas y demás, y el problema que representa el hecho de que se colmen con basura cultural, lo que impediría la conservación de las piezas culturales que vale la pena legar a las siguientes generaciones.

“Ésta es una situación que puede plantear evidentes problemas de espacio y de costes. Los archivos, aparte de que cuestan dinero, ocupan espacio. Los basureros también. Además, la convivencia entre archivos y basureros puede conocer un caso extremo, a saber: que, por falta de espacio y de criterios de decisión, las fronteras entre los archivos y los basureros se hagan débiles, difusas, que se confundan: que en el archivo comience a entrar basura y en los basureros productos que deberían estar archivados” (Fontán, 1999).

En el presente artículo no se aborda la problemática que surge de la clasificación de los productos culturales, su manejo y disposición. El interés se centra en evaluar el impacto que genera en los individuos y en el

tejido social la basura cultural, tanto la que proviene de los medios masivos como la que se genera durante la modelación que encaran los niños y adolescentes en su proceso de adaptación a los entornos sociales y culturales.

Contaminación interior

La **contaminación interior** de cada ser humano, en parte es producto de la basura cultural que recibe de los medios masivos, y en parte es generada por el modelado que el entorno social ejerce sobre el individuo, especialmente durante las primeras etapas de la vida (sociogénesis). La basura cultural que logra permear a una persona, ya sea porque carece de los filtros y capacidades para rechazarla o gestionarla adecuadamente, contamina su ecología interna, generando polución, desechos y residuos que poco a poco se acumulan en lo que podríamos denominar la geografía de su espíritu. De la misma forma en que los residuos y los desechos de una ciudad enturbian las aguas cristalinas de un río y las contaminan, la basura cultural que se acumula en el individuo —proveniente también de las ciudades—, enturbia y degrada su espíritu y su mente, altera sus emociones y sentimientos (para consigo mismo y para con los demás), y en consecuencia disturba sus actitudes y conductas tanto individuales como sociales.

Para observar el concepto de **contaminación interior** desde el punto de vista de las ciencias cognitivas, nos referiremos a la **Teoría de los Memes**, planteada por Richard Dawkins en su libro **El Gen Egoísta: las bases biológicas de nuestra conducta** (*The Selfish Gene* en inglés) publicado en 1976. Esta teoría, que cada vez adquiere mayor difusión, plantea que todo lo que consideramos cultura deja un rastro: un **meme**. Se habla actualmente del manejo y de la gestión de esos memes, especialmente de los llamados memes tóxicos (es decir, los que contaminan e intoxican). Algunos autores plantean el problema del manejo de memes tóxicos en individuos pertenecientes a culturas que no están preparadas para ello, o por niños que no tienen la capacidad para administrarlos. Por ejemplo, una película "basura" que contenga altos grados de violencia explícita, puede generar, por los memes parásitos que deja en el espectador, graves consecuencias. Existen centenares de evidencias que demuestran lo anterior, como las masacres perpetradas por algunos niños en sus escuelas, cuando llevan una pistola o un fusil al colegio y disparan indiscriminadamente sobre compañeros y profesores. Casos que son cada vez más frecuentes en las sociedades que se autodenominan desarrolladas (Estados Unidos, Alemania, Francia, Australia...). Veamos ahora lo que es un meme:

“Meme: Patrón de información contagioso que se replica parasitariamente, infectando las mentes humanas y alterando su comportamiento, motivándolas a difundir el patrón. (Término acuñado por Dawkins, por analogía con “gen” [“gene” en Inglés]. Slogans individuales, frases impactantes, melodías, iconos, invenciones y modas son típicos memes. Una idea o patrón de información no es un meme hasta que estimula a alguien a replicarlo, a repetírselo a alguien más. Todo el conocimiento transmitido es memético” (Grant, 2000).

Para comprender el peligro de la contaminación generada por la basura cultural, citamos un aparte de la entrevista realizada por la periodista Diana Acosta, especializada en ciencia y filosofía de la **Revista Arcadia** (filial de **Semana**), al filósofo Daniel Dennett:

“Diana Acosta: ¿Qué tan optimista se siente usted frente a la posibilidad de desarrollar políticas de salud pública —o epidemiología social— para evitar la propagación de memes tóxicos?

Daniel Dennett: *Los memes son ítems culturales. Consideremos, por ejemplo, de qué manera las sociedades librepensadoras pueden tolerar grandes cantidades de basura cultural —porno-grafía, sistemas de apuestas y películas violentas, por ejemplo— sin sufrir mayores daños, si es que sufren alguno; mientras que otras sociedades pueden ser engullidas y puestas en peligro por esos mismos memes” (Acosta, 2007: 40).*

Al parecer Dennett ignora los efectos de los memes tóxicos en su propio país (USA), como las ya mencionadas masacres escolares, pero bueno, sigamos con la memética. Se han tipificado muchas clases de memes, unos positivos y otros negativos. Ejemplo de un meme positivo es una canción pegajosa, que el portador tararea o canta inconscientemente, transmitiéndola a los demás. Sin embargo, los memes que aquí nos interesan son los negativos, los que causan daño, de los cuales se han identificado dos, según Glenn Grant, redactor del **Léxico memético** y colaborador de la revista **Scientific American**:

“Meme Auto-tóxico: *Peligroso para sí mismo. Usualmente, los memes altamente auto-tóxicos son autolimitantes, porque promueven la destrucción de sus portadores (como cualquier meme-complejo de adoctrinamiento militar, o cualquier meme de “martirio”).*

Meme Exo-tóxico: *Peligroso para otros. Los memes altamente exo-tóxicos promueven la destrucción de personas distintas a sus portadores, particularmente aquellas que son portadoras de memes rivales. (Ejemplos: el nazismo, la Inquisición, Pol Pot.)” (Grant, 2000).*

Una vez revisada de manera superficial la teoría de los memes, continuaremos hablando de **contaminación interior**, pues preferimos el lenguaje ecológico al memético. Contaminación interior, pues de la misma forma en que la basura (física) altera, disturba y degrada los ambientes naturales y los ecosistemas del planeta; la basura cultural, como ya dijimos, contamina nuestra ecología interior; nuestra naturaleza innata e inmanente, y la de todas las personas a nuestro alrededor:

Veamos ahora la contaminación interior que genera el entorno social durante el proceso de modelación de los individuos (entropía de la sociogénesis). A todos los niños, desde la primera infancia, se les inculca que unas cosas son mejores que otras, y por tanto, recurren a lo largo de sus vidas y de manera inconsciente a la comparación: esto vale más o vale menos que aquello, esta persona vale más o vale menos que esa otra, esta casa es más bella o más fea que aquella, etc. Además del hábito de comparar, que otorga valor a unas cosas y se lo resta a otras (de manera totalmente subjetiva y alejada de la realidad, porque es absurdo pensar que un ser humano “vale” más o menos que otro, por ejemplo), la sociedad y la cultura promueven y difunden modelos (ideales) para todas las cosas, incluyendo a las personas. Y si las cosas que un individuo posee, o las personas que estima (o él mismo), no se ajustan a esos modelos ideales, no son “buenas” sino “malas”, no sirven, carecen de calidad o valor; e incluso, son despreciables o desechables (son basura). Tanto la comparación (que busca ganadores y perdedores, que compara para exaltar a unos y excluir o rebajar a los demás) como el apego a los modelos (que igualmente exaltan y excluyen), son dos formas de basura cultural inmaterial, que dejan su impronta en los individuos en forma de contaminación interna, la cual, sin duda, afecta su psicología:

“Los instrumentos psicológicos son elaboraciones artificiales; son sociales por naturaleza y no orgánicos ni individuales; están destinados al control de los procesos de comportamiento propio o de los demás, del mismo modo que la técnica está destinada al control de los procesos de la naturaleza” (Vygotski, 1985: 39 citado por Gaonac’h & Golder, 2006).

El niño que aprehende formas de comportamiento, actitudes, conocimientos o valores (ya sean positivos o negativos), los arraiga en su interior durante su desarrollo psicológico, y luego, los aplica en su vida:

“Los procesos del desarrollo no coinciden con los procesos de aprendizaje, sino que van detrás...”
(Vygotski, 1985: 114 citado por Gaonac’h & Golder, 2006).

Los modelos de belleza femenina impuestos por la publicidad, una vez interiorizados, son buen ejemplo de los efectos sociales que causan la basura cultural y la contaminación interior. Si una mujer no es flaca y a la vez curvilínea (como una modelo publicitaria), o no tiene los ojos azules y el cabello rubio, o es demasiado alta o muy bajita, nadie ve hermosura en ella; incluso, debe soportar el rechazo de los demás. La excepción a esta reacción en bloque es la de quienes realmente aman a esa persona, pues logran superar la barrera erigida por la basura cultural relativa a los estándares de belleza femenina, y la ven con ojos limpios (sin suciedad y sin basura en la mirada), de modo que la encuentran valiosa y digna de amor. Sin embargo, quienes por amor superan las barreras erigidas por la basura cultural (en el caso de la belleza física), mantienen esas murallas frente a quienes no aman, pues es más fácil que una madre encuentre divina a su propia hija — aunque no cumpla con los estándares de belleza impuestos—, a que le encuentre tanta belleza a la hija de la vecina. La entronización de los modelos, sea de belleza, de pensamiento o de cualquier otra cosa, junto con la implacable comparación a la que los individuos lo someten todo, son evidencias de la contaminación que llevan dentro, la cual trae desastrosos efectos sociales e individuales.

Con las ideas, las opiniones, las teorías, las políticas, las religiones, los deseos, las metas o lo que se pueda imaginar, sucede lo mismo: modelos ideales —impuestos por una élite dirigente—, comparación y referencia constante a esos modelos (inexistentes por ser artificiales), y consecuente frustración. Contaminación interior (o alienación programada desde los centros de poder) que condena lo diferente, que rechaza otras culturas, que se encierra al interior de una muralla cada día más alta, hecha de basura cultural, y niega al ser humano la posibilidad de ver la realidad en su verdadera, diversa, variada y maravillosa dimensión. La sociedad de consumo que actualmente impera en el mundo entero, genera cada día más basura cultural, y los individuos no logran deshacerse de esa carga negativa ni de su huella contaminante tan fácilmente.

*“El medio cultural y social **no es** una variable secundaria que viene simplemente a modificar (facilitar, dificultar, acelerar, ralentizar...) el desarrollo [del ser humano]. Desde la perspectiva de lo que ha venido a llamarse Psicología Cultural (consultar Bruner, 1991; Cole, 1996; Schweder, 1986; Rogoff, 1993; Valsiner, 1997), el desarrollo no es una función independiente del contexto. (...) El desarrollo humano, canalizado por procesos de mediación interpersonal, es fundamentalmente un proceso mediante el cual nos hacemos miembros de nuestra cultura”* (Perinal, 2003: 120).

La liberación de la contaminación interna producida por la basura cultural que transmiten los medios, requiere de un gran trabajo. En primer lugar se deben identificar los elementos que disturbian y contaminan la mente humana (ideas, conceptos, opiniones..., que en gran parte no son sino residuos interiores de la basura cultural), y después, erradicarlos, extirparlos si es necesario. Esto exige disciplina mental, higiene mental, vigilancia constante sobre los propios pensamientos, anulación interna de los modelos impuestos y fin del hábito de comparar. En algunos sistemas de pensamiento no occidentales, como en el budismo por ejemplo, a esa disciplina mental se le denomina “meditación”. Cabe anotar que el budismo no es, como mucha gente piensa en Occidente, una religión, o no lo es al menos como en esta parte del mundo se concibe esa palabra: “El Budismo es el mayor ejemplo de una religión perfectamente atea” (Abbagnano, 1996: 135). “Sin Dios, sin alma y sin culto, el budismo primitivo es indudablemente una religión bien extraña”

(Bareau, 1985: 192). Lo que sí existe en el budismo y es el objetivo a alcanzar por quienes lo cultivan, es la descontaminación interior; la purificación, la liberación del “error” (léase contaminación cultural), lo cual se logra mediante la práctica del auto-conocimiento, el yoga y la meditación.

Pero el control de los propios pensamientos, las técnicas de meditación y otros instrumentos “espirituales” que son muy útiles para la gestión adecuada de la basura cultural y la descontaminación interna, son vistos en Occidente como costumbres asociadas a la religiosidad, y aunque actualmente el budismo se está abriendo paso en esta región del globo terráqueo, la mayor parte de las personas, especialmente las que están altamente contaminadas y alienadas (hechizadas por la quimera occidental del consumo, la competencia y la ostentación) las consideran peyorativamente, las desconocen, las ignoran, las desprestigian e incluso las combaten. Lo que no es de extrañar, pues así actúa la sociedad de consumo para impedir que los individuos comunes logren realizarse: lo que es realmente valioso en el ser humano se contamina, se desprecia, se subvalora, o se le arroja basura (cultural) encima, para ocultarlo.

Heredando basura

Como es bien sabido, durante la infancia los niños toman a sus padres y a sus mayores como modelo a seguir; tienden a imitar sus conductas, se inclinan por los mismos gustos, y poco a poco heredan las características mentales, psicológicas, formales y culturales tanto internas como externas de sus progenitores o del ambiente familiar en el que se desarrollan como nuevas personitas.

“Para Bruner, es imposible concebir el desarrollo humano como algo distinto a un proceso de colaboración entre el niño y el adulto; el adulto es considerado, en este caso, como el mediador de la cultura. Así, el desarrollo de la inteligencia está íntimamente ligado a la capacidad de construir comportamientos intencionales, cuyas intenciones se encuentran fundamentalmente ligadas a la cultura de los individuos” (Gaonac’h & Golder, 2006: 134).

El asunto durante la infancia estriba en que los progenitores o los encargados de la crianza del niño, por lo general (y más aún en la sociedad de consumo) no son sabios equilibrados que observen sus mentes para mantenerlas puras y limpias (tipo Dalai Lama); ni filósofos dedicados a la reflexión y al conocimiento de sí mismos (tipo Sócrates o Platón); ni yogis o sanyasis capaces de mantenerse puros gracias a la meditación y el auto-conocimiento (tipo monje zen). Generalmente sucede todo lo contrario, de manera que toda la basura cultural y la contaminación interior que administran, gestionan y cargan de un lado para otro y a lo largo de sus vidas, tanto padres como educadores, es asimilada y honestamente heredada por los niños.

Si los padres —de acuerdo con su contaminación interior particular e individual, o sus fobias culturales— son sexistas, machistas, feministas, misóginos, misántropos, racistas, sionistas, andrófobos, tránsfobos, xenófobos, islamófobos, arribistas, neonazis o radicales, entre otras muchas posibilidades, sus hijos heredarán esos patrones de exclusión, al igual que esos comportamientos sociales. Si se trata de personas que se relacionan socialmente por medio de la agresión física o verbal, por efecto de la basura cultural introyectada, los niños adoptarán ese modelo de comportamiento. Lo que se hereda no se hurta, y heredar contaminación interna es algo inevitable. Así como heredamos muchas cosas positivas de nuestros padres y educadores, también heredamos algunas negativas. La imitación del adulto, por parte del niño, es fundamental para su desarrollo, de manera que no puede sustraerse a ella:

“El papel de la imitación en el desarrollo genético es bastante conocido. Los niños aprenden mucho observando su entorno, así como tratando de imitar lo que observan. Las capacidades de imitación aparecen, por otra parte, a muy temprana edad” (Gaonac’h & Golder, 2006: 49).

*“Su interés por el niño de muy corta edad y por la adquisición del lenguaje lo condujo [a Bruner] a otorgar una particular importancia al **aprendizaje por observación**. Para él, no se trata de un proceso pasivo de imitación, sino de un proceso activo, basado en una **intención** por ajustar la propia actividad a la actividad del modelo. El ajuste progresivo al modelo no corresponde a una dinámica unidireccional en la que el ajuste sería únicamente un acto del niño, sino a una dinámica interactiva hecha de ajustes recíprocos adulto-niño. Podría consultarse a Winnykamen para un análisis más profundo de los procesos de aprendizaje por observación, o de imitación modelizante” (Michel Gilly, en Gaonac’h & Golder, 2006: 148).*

Lo anterior evidencia que el niño hereda o asume una gran cantidad de contaminación interna (memes tóxicos) a partir de la imitación de los hábitos, las conductas, las formas de expresión y las opiniones de sus mayores; pues de no hacerlo, no podría insertarse en la cultura ni en la sociedad de su tiempo y lugar:

La familia nuclear es otro factor que contribuye a la creación de enormes murallas y barricadas insalvables que separan por completo al niño del resto del mundo, impidiéndole ver más allá del estrecho círculo familiar. De manera que el niño valorará y tendrá en gran estima lo que se encuentra al interior de ese círculo, y será indiferente a lo que suceda fuera de él; e incluso, dependiendo del ejemplo dado por los padres, puede llegar a despreciar todo lo que se encuentra afuera. Este círculo no es estático ni único, se trata más bien de una serie de círculos concéntricos como los que dibuja una piedra al caer en medio de un estanque, en donde el círculo más próximo al centro, el más fuerte y definido, incluye a los padres y hermanos. Luego sigue un círculo más amplio pero a la vez más difuso, que incluye a los parientes que no habitan con el niño; finalmente, se extiende casi imperceptible, sobre familiares lejanos y amigos de la familia. Para el niño, lo valioso e importante es lo que sucede al interior de su espacio vital, de su nido, de su vivienda, y tiende a desinteresarse o desentenderse de las cosas y las personas que no habitan con él. Los primos son importantes, pero nunca tan importantes como los hermanos. En la medida en que los familiares consanguíneos viven más lejos del niño pierden valor o importancia para él, como los que habitan en otras ciudades o en otros países, que por lo general son ignorados u olvidados por el niño.

La sobrevaloración de la familia nuclear (padres y hermanos) y la desvalorización del resto de familiares o miembros de la comunidad, es típica de Occidente, puesto que en muchas sociedades no occidentalizadas o que aún conservan en parte sus tradiciones, esto no sucede. Al contrario, la vida comunitaria se fortalece porque muchas familias, sin relaciones de consanguinidad, viven o habitan bajo un mismo techo, como sucede en las malocas de la Amazonía. O como sucedía en las viviendas comunitarias de los muiscas, antes de la invasión española, que fueron destruidas por los conquistadores, tras de lo cual se obligó a los subyugados a habitar en viviendas unifamiliares, pues los europeos consideraron inmoral tal tipo de vivienda, aunque no se percataron de los fuertes vínculos comunitarios que generaba (o tal vez sí y ese fue el verdadero motivo para destruirlas), ni de la ausencia de exclusión social o competencia desleal gestada por las viviendas comunales, que por el contrario, fomentaron en adelante las viviendas tipo europeo; unifamiliares, exclusivas y excluyentes:

“En 1492 llegaron los españoles y todo cambió, (...). Las casas comunales fueron destruidas y el bohío debió acoger sólo viviendas unifamiliares...” (Niño, 2007).

De esa forma, los españoles implantaron el sistema de exclusión social en América, destruyendo la cohesión social y la trama de la vida que imperaba en las comunidades autóctonas, y que se generaba a partir de las viviendas comunitarias. El núcleo familiar, cristalizado en la vivienda, es el primer peldaño que el niño pisa en su ascensión por las estradas de la exclusión, luego vendrán el colegio, la universidad..., que excluyen

a los demás del mundo "mental y emocional" del niño, y al niño, del mundo real, de la vida en su magnífica, variada y diversa plenitud.

Cambio de paradigmas..., nueva contaminación

El niño crece y da paso al adolescente que empieza a explorar el mundo, que se arriesga, que va más allá de lo aprehendido en su núcleo familiar; y lo más frecuente es que se rebele contra lo aprehendido con anterioridad, que de pronto, percibe en su interior y en su entorno como basura cultural (aunque no la llame así), de la que debe desprenderse para ser él mismo, puesto que en esta etapa es cuando desarrolla con mayor vigor su identidad, un período en el que remodela su yo.

“La adolescencia, aunque no sea más que como secuela de la madurez sexual, supone una remodelación del yo. Ésta se va realizando en un doble impulso que los adolescentes sufren como una incómoda tensión:

- 1) *Impulso de expansión hacia el mundo externo. Fuera están las actividades, las relaciones, los proyectos, los compromisos, etc. El impulso expansivo se traduce en conductas atrevidas, de riesgo, de exploración, en el juego de transgredir...*
- 2) *Impulso de repliegue hacia uno mismo. Dentro está la subjetividad, la reflexión, la toma de conciencia, la imagen de sí...* (Perinal, 2003: 72).

Sin embargo, los nuevos paradigmas que el adolescente encuentra y que el mundo le ofrece, son por lo general nuevas formas de basura cultural. La amistad y la aceptación por el grupo social cobran gran intensidad en esta etapa, superando en ocasiones a los vínculos con el núcleo familiar. Las ideas, valores y comportamientos de la infancia, basura cultural que el infante consideró valiosa en otro tiempo y con la que construyó su identidad, se derrumban. Pero para demolerlas, para hacerlas colapsar, el adolescente recurre —ingenuamente— a nuevos tipos de basura cultural.

“Los intereses, las motivaciones y las actitudes de los adolescentes son muy cambiantes. Hay una gran influencia del grupo, las pandillas, la fidelidad a los líderes; se identifican con modelos, ídolos, que afectan tanto a la consolidación y estabilización de la propia identidad personal como a los sentimientos de integración, marginación o de clase social” (Mingote & Requena, 2008: 388).

El adolescente deja de imitar los comportamientos de sus padres, y entra en discrepancia con sus ideas y sus valores; pues ahora cuenta con nuevos paradigmas, nuevos valores, nuevas ideas, y especialmente nuevos ídolos a los que sigue ciegamente:

“Es imposible por lo tanto, desconocer el impacto del factor socio-cultural y antropológico en esta fase del desarrollo y de las formas culturales que estos “prestan” a la mente a través de propuestas de fenómenos de comunicación masiva, propiciando por ejemplo, las conductas omnipotentes, ilusorias o autodestructivas, la frivolidad y la hipersexualidad o la veneración a ídolos violentos y la agresión desenfrenada” (Quiroga, 2001: 4).

Pero el adolescente no se da cuenta de que esos ídolos han sido creados por una élite dirigente, y han sido promovidos como ídolos a través de incontables medios de comunicación masiva,¹ con el único propósito de que las masas los idolatren, lo que beneficia únicamente a la élite dirigente. Esta nueva contaminación cultural, que se expande al interior del adolescente como un derrame de petróleo en el océano, destruyendo

¹ **“Ídolos: creación de los mass media.** Los ídolos juveniles a diferencia de los modelos, tal como existen el día de hoy, son creaciones elaboradas para el joven —no por el joven— con el objetivo de lograr las identificaciones necesarias y hacer más fácil el consumo de todo lo que arrastra consigo. El hecho de ser creaciones externas al joven lleva consigo su fragilidad, los ídolos al igual que los productos de consumo son desechables y cambiables en un tiempo relativamente corto, más aún en ésta época de globalización los productos están hechos no para durar sino para descartar; es así que ni bien han terminado de aprenderse de memoria las letras de las canciones de su ídolo de turno cuando emerge galopante otro que reemplaza al anterior. Los ídolos para existir necesitan de una gran maquinaria que a ellos mismos los despersonaliza...” (García Ampudia, 1998).

lo natural, acabando con lo primigenio, toma la forma de idolatría, devoción por seres de carne y hueso que los medios y la publicidad se encargan de revestir con un aura divina, elevándolos al nivel de dioses inmortales; y dotados —para las masas de adolescentes—, de poderes metafísicos que arrastran a esas masas ingenuas a adorarlos y hasta a desquiciarse con su sola presencia, con su imagen o su voz.

Se trata en este caso del método anagógico² que eleva un objeto o una persona al nivel de lo divino, de lo sagrado; y los más susceptibles a este tipo de entronización son los adolescentes, aunque no los únicos. Basta observar los éxtasis y los desenfrenos que producen en el público los conciertos de un ídolo (lenguaje divino) del rock; o la veneración del gran público por las estrellas (lenguaje celestial) del cine, del la televisión o del jet set. Recuérdese el paroxismo generado en el público por los Beatles en sus giras, la devoción por Michel Jackson durante su vida y tras su muerte, o la idolatría generada en Inglaterra por el fatídico accidente de Lady D. Es tan fuerte la contaminación al interior de los adolescentes afectados por las campañas publicitarias, que aún tras la muerte de sus estrellas —evidencia de su absoluta carencia de facultades divinas—, los siguen idolatrando (para profundizar ver Bermúdez, 2010). En los países socialistas, este método se evidencia en el “culto” (lenguaje místico) a la personalidad de sus dirigentes, como en el caso de Stalin; o en el fanatismo de tintes religiosos que se apega a ideas que pretenden salvar al mundo, como en el caso del sanguinario Pol Pot en Camboya. Genocidio a partir de la basura cultural, como el generado por Hitler, quien logró contaminar al pueblo alemán de su época con su “cultura”, sacrificando al menos a 4.5 millones de sus devotos seguidores en la Segunda Guerra Mundial (Ozment, 2004: 293)

La imitación durante la infancia de los progenitores o miembros del núcleo familiar; y el culto y la veneración en la adolescencia de las “estrellas” e “ídolos”, son dos industrias contaminantes que funcionan al interior de cada ser humano, y que producen demasiada entropía, es decir, residuos contaminantes, desechos y polución que se acumulan poco a poco en la geografía interior de cada individuo. Sentir admiración e incluso veneración por los padres o tenerlos como ideal a seguir, es muy loable y positivo, la contaminación proviene de no tener en cuenta que son simples seres humanos, en muchos casos con visiones de la vida estrechas y sectarias (producto de su propia contaminación interior), o rudimentarias y pobres (resultado de su idolatría por individuos o ideas, o por su falta de sabiduría). Visiones de la vida sectarias, sesgadas por intereses de clase, raza, nacionalidad e incluso por intereses regionales o personales. Lo mismo sucede con los “ídolos de la juventud” debido a que los jóvenes no captan que adoran a simples seres humanos, tan contaminados interiormente como cualquier persona que habite en este mundo, y los siguen (hacia donde sea) como si ellos tuviesen la verdad absoluta o la llave de la felicidad.

La amistad, durante la infancia y la adolescencia, juega un papel preponderante en cuanto a la producción de contaminación interior. El círculo de amigos “de la casa”, “del barrio”, “del colegio”, “del club”, “del parche” etcétera, arraigan tanto en niños como en adolescentes patrones de conducta y valores en muchos casos excluyentes; dictan lineamientos de conducta y actitudes aceptables o reprobables por el “grupo”, y por medio de la aceptación o el rechazo, dictaminan la conducta a sus integrantes, homogeneizándolos, alienándolos, uniformizándolos. De modo que la amistad es otra fuente casi inagotable de contaminación interior, que genera límites, patrones de exclusión, sectarismo y comportamientos que niegan y rechazan al Otro, al distinto, al que piensa o actúa de manera diferente (al interior del grupo), así como al que forma parte de un grupo distinto, e incluso, al que no forma parte de ningún grupo. Este sistema de aceptación o rechazo a partir de estrechas líneas de conducta dictadas por la cultura grupal, es otra fábrica de contaminación interior, que fomenta la fragmentación de la comunidad y divide a la sociedad en grupos rivales y competitivos.

Las exigencias del grupo social extrafamiliar; los requerimientos propios de la amistad, obligan a los jóvenes a recurrir a valores completamente contaminados y viciados, para alcanzar la aceptación social, para agradecer,

² “Por el método anagógico se establecía, a través de un objeto o referencia material, una ascensión a lo divino” (Nieto, 1997: 71 citado por Bermúdez, 2010).

negando lo innato, lo natural, lo positivo que habita en cada individuo; y ponen a navegar a su propio ser por un río contaminado y carente de vida que los aleja de sí mismos. El manantial interior de vida y felicidad, se enturbia, se enloda, se degrada, se contamina y hasta se seca, en aras de la amistad, de la aceptación social, de la inclusión en la cultura.

Esta contaminación interior, esta degradación espiritual, al parecer la han captado algunos músicos que han dado a sus bandas nombres que evocan ese sentimiento, o sea, el sentimiento de estar llenos de basura; bandas musicales (unas exitosas, otras no tanto) con las que los jóvenes se identifican. Como ejemplo basta mencionar a las bandas “**Garbage**” (basura, desperdicios) de Escocia, “**The Dead Weather**” (el clima muerto) de Estados Unidos, “Desecho” de España, “La Pestilencia” de Colombia; además del “Festival Mugre Rock” que se celebra en Cádiz, España; el video “El Rock de la Basura” del grupo Los Margaritos; el género musical “Rock Sucio” de la banda **The Racoenter**. . . Para no ir más lejos, pues algunas bandas y nombres de temas musicales son realmente ofensivos, aclaremos que el término **Punk** significa “basura”, “suciedad”, y a este género pertenecen muchísimas bandas, y de él surgieron músicos tan célebres como el mismísimo Sting.

Conclusiones

¿Qué pasa con toda la contaminación, la polución, los desechos y la basura creada por la cultura y depositada al interior de los individuos durante la infancia y la adolescencia? La respuesta es simple: se acumula. Primero en montoncitos que casi no se notan, luego en arrumes que ya empiezan a estorbar, y finalmente en montañas y cordilleras que conforman verdaderas barreras al interior de cada persona, fragmentándola; y que no permiten al ser primigenio, al ser humano interior y esencial, ver, oler, palpar o saborear la vida, si no es a través de la contaminación interna que degrada, degenera y pervierte el mundo real, que aunque también está contaminado como todos sabemos, no por ello deja de ser maravilloso.

Al proceso de purificación interior se le conoce comúnmente como “vida espiritual”, aunque la cultura actual encuentra esta frase ingenua, peyorativa, de tontos, de mojigatos. . . Como ya se mencionó, así actúa la sociedad capitalista para imponerse: lo que es realmente valioso en el ser humano se contamina, se desprecia, se desprestigia, se enloda. . . , pues eso no le sirve a la sociedad de consumo.

De manera que el que no pone, o empieza a poner en orden su mundo interno, reduciendo la producción de gases de invernadero, atenuando la polución de su aire y la contaminación de sus aguas, eliminando la generación de desechos tóxicos y lixiviados, en fin, el hombre o la mujer que no reducen o reciclan su propia contaminación interior (sus memes tóxicos si lo prefieren); y al mismo tiempo se entregan a la infatigable labor de desterrar de su geografía interna toda la basura cultural acumulada a lo largo de los años, descontaminando, restaurando, purificando y desintoxicando la ecología de su ser; habitarán (internamente, consigo mismos) en un ambiente opresivo y polucionado, y no podrán ver ni al mundo ni a los demás seres humanos de manera transparente o cristalina.

Para re-encontrar lo innato, la paz y la calma inmanentes al ser humano, es necesario en primer lugar, adquirir mayor consciencia de la basura cultural que genera el entorno social y cultural; y en segundo lugar, aprender a gestionar de manera eficiente la contaminación interna que genera ese tipo de basura. Es urgente filtrar, desenredar, seleccionar, escoger, limpiar, purificar, pero no sólo la basura cultural que viene de afuera, sino la contaminación, o los memes tóxicos, que se acumulan al interior del ser humano. Ya lo dijo Siddhartha Gautama hace más de 25 siglos: “Hay que vomitar toda la porquería. . .” (Dhammapada, I, 10).

REFERENCIAS

- Abbagnano, Nicola (1996) *Diccionario de filosofía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Acosta, Diana (2007) Entrevista al filósofo Daniel Dennett "Hay alternativas a las religiones" en Revista Arcadia N° 25 Octubre 2007.
- Bareau, André (1985) *El budismo indio*. En Puech, Henri-Charles (Editor) Las religiones en la India y en el Extremo Oriente. Madrid: Siglo XXI.
- Bermúdez, Jairo (2009) El efecto cereal y el sexo como promesa de venta. En *Revista NODO* N° 7. Bogotá: UAN.
- Bermúdez, Jairo (2010) Cultura visual. En Revista NODO N° 8. Bogotá: UAN.-Berger, Peter & Thomas Luckmann (1991) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Buda (1999) Dharmmapada. Madrid: Debate.
- Bunge, Mario (2004) *Mitos, hechos y razones: cuatro estudios sociales*. Buenos Aires: Editorial Suramericana.
- Dawkins, Richard (1994) El gen egoísta/The Selfish Gene: Las bases biológicas de nuestra conducta/The Biological Basis of Our Behavior. Barcelona: Salvat.
- Fontán del Junco, Manuel (1999) *La inflación de cultura. La oferta cultural en una época de superproducción*. En: www.aceprensa.com/articulos/1999/jan/27/la-inflacion-de-cultura/
- Gaonac'h, Daniel & Caroline Golder (2006) *Manual de psicología para la enseñanza*. Madrid: Siglo XXI editores.
- García Ampudia, Lupe (1998) La edad juvenil y los ídolos. En *Revista de Psicología* -Vol. II N° 1, Enero, 1998. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Disponible en: http://sisbib.unmsm.edu.pe/bvrevistas/psicologia/1998_n1/edad_juvenil.htm#ocen
- Grant, Glenn (2000) *Léxico memético*. En: <http://members.fortunecity.com/rednovohcop/H/xosemari.html>
- Kovács, János Mátyás (2002) *Tentaciones rivales y resistencia pasiva, la globalización cultural en Hungría*. En: Globalizaciones múltiples: la diversidad cultural en el mundo contemporáneo, por Samuel P. Huntington, Peter L. Berger. Buenos Aires: Paidós.
- Mingote, José Carlos & Adán Miguel Requena (2008) *El malestar de los jóvenes: contextos, raíces y experiencias*. Madrid: Editorial Díaz de Santos, S.A.
- Niño Murcia, Carlos (2007) *La construcción de la casa en la lengua española*. Cartagena: Congreso de Cartagena, sesiones plenarias.
- Ozment, Steven (2004) *Una fortaleza poderosa, historia del pueblo alemán*. Barcelona: Crítica.
- Perinal, Adolfo (2003) *Los adolescentes en el siglo XXI: un enfoque psicosocial*. Madrid: Editorial UOC.
- Quiroga, Susana E. (2001) *Psicología evolutiva: adolescencia*. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Psicología. En: http://nsi.psi.uba.ar/biblioteca/programas_anteriores/archivos/evolutiva_adolescencia_Ic_2001.pdf

